

El fascismo revolucionario o la impotencia de la emancipación

Orlando Arroyave Álvarez

Docente-investigador (U. de A.), escritor, autor de la novela *Baila, Sarah, baila* (2016), edgar.arroyave@udea.edu.co

¹ Pier Paolo Pasolini, *Escritos corsarios* (Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2009), 30.

² Pier Paolo Pasolini, *Entre los poetas míos... Cuaderno de Poesía Crítica 108* (Biblioteca virtual Omegalfa, 2017), 20, <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/cuaderno-de-poesia-critica-no-108-pier-paolo-pasolini.pdf>.

Pier Paolo Pasolini (1922-1975), además de haber sido un director italiano de cine de culto –o al menos un director importante entre los 60 y 70 del siglo XX–, fue un pensador incómodo, a contramano de su tiempo, quien usó un tono profético, soportado en la moral del comunista campesino de Italia que confiaba todavía en el ideario y los símbolos del catolicismo premoderno. Pasolini fue siempre un provocador, pero con nostalgia del pasado, en el que se mezclaba, como él lo afirmaba, “la tradición, la confesión religiosa, el fascismo” de los 1920 y 1930¹. Su lucha permanente, incluso al final de su vida, fue contra un nuevo fascismo, más global, seductor y eficaz, que Pasolini denominó, a finales de 1960, como el nuevo capitalismo o el neocapitalismo (aunque confesaba que no sabía qué nombre darle). No era una revolución económica, sino, ante todo, antropológica. Ese nuevo fascismo, que surgió después de la segunda gran guerra europea, poco a poco se fue consolidando hasta lograr un dominio casi total en toda Europa a partir de finales de los años 60 del siglo XX.

El pequeñoburgués de la provincia de Bolonia, al norte de Italia, hijo de un teniente del ejército italiano y de una maestra de escuela, vivió su infancia y adolescencia en una Italia rural, más cerca del mundo premoderno que de uno moderno. Así despreciara el ideario fascista italiano de Mussolini, basado en la exaltación del espíritu machista y bélico, animado por símbolos católicos y un autoritarismo que no admitía la crítica, cuyo máximo crisol era la familia heteronormativa, conservó en su memoria ese mundo idílico de la infancia,

casi sagrado, al que recordaba con nostalgia. Italo Calvino le reprochará a Pasolini esa nostalgia, a la que denominaba, peyorativamente, como la “Italieta”.

Si tenemos en cuenta las rememoraciones de Pasolini, antes de la hecatombe que se abatió por más de una década sobre Europa, su mundo era un paraíso que consistía en hacer largas caminatas con sus amigos, montar en bicicleta, tocar el violín, leer a poetas como Pascoli y D’Annunzio y escribir poemas. La guerra que se acercaba, así como el desplome de ese paraíso provinciano, apenas se podía sentir en esos ritmos cotidianos exentos de sombras. Como escribiría en su poema “Italia fascista”:

Los viejos y los jóvenes de común acuerdo deseaban grandiosidad y grandeza; miles de muchachos desfilaban algunos de ellos “elegidos”, otros simple tropa; como en una estasis perdida entre los siglos eran mañanas de mayo o de pleno verano y el mundo rural alrededor Italia era como una pobre isla en medio de naciones donde la agricultura estaba en declive, y el escaso grano era un océano inmenso donde cantaban tordos, alondras, las atónitas aves del sol (...) ²

Ese fascismo, al menos el italiano, que obligaba a los jóvenes a disfrazarse de guerreros, afirmaba Pasolini, no les había robado el alma. Cuando terminaban sus jornadas propagandísticas o los ejercicios bélicos podían deshacerse de sus trajes y retornar a sus campos o pueblos, sin que sus almas hubieran sido transformadas por la ideología fascista. O al menos así lo romantizaba Pasolini. A pesar de que desde los 15 años había dejado de ser un apasionado creyente

en Dios, conservó en su visión de los objetos y del mundo un elemento “sagrado” de ese universo idealizado de su infancia.

Durante aquellos años de adolescencia era presa de “las violencias de las primeras libidines”, en que cometió sus “primeros actos impuros”, los cuales obedecía “sin juzgarlos”. Cada noche, escribe, “antes de dormir, hacía penitencia por unos pecados que todavía hoy me daría vergüenza confesar; rezaba cientos de avemarías”.³ En ese periodo que no podía ni siquiera “concebir la posibilidad de Dios”, leyó autores como Shakespeare y Dostoievski. Pero fue con el descubrimiento del poeta Arthur Rimbaud, el cual, a decir de su biógrafo Nico Naldini, “es un crisma literario y al mismo tiempo político que elimina de una sola vez la cultura académica y provinciana, el conformismo fascista, y pone en crisis la identidad del poeta”⁴.

En 1942, a los 20 años, Pasolini viajará a la Alemania nazi para asistir a un encuentro entre universitarios de países fascistas. De regreso de ese viaje escribe un artículo en contra del fascismo. Al año siguiente es obligado a alistarse al ejército, pero huye disfrazado de campesino, refugiándose en Casarsa. Desde aquellos años, combinará sus estudios sobre lenguas italianas como el friulano, la escritura poética, novelas y teatro, la creación de guiones y dirección de películas, con su labor de escritor público, antifascista, polémico y a contramano de la visión habitual de sus contemporáneos. Cada línea escrita, cada imagen y declaración estará marcada por esta visión antifascista, política y existencial que tomó consciencia desde su juventud.

No abandonó desde entonces denunciar a una sociedad, como la italiana (y por extensión a esa sociedad “liberal” europea y norteamericana), en la que persistía el fascismo, ahora con nuevas formas; es más, denunció a los partidos como Democracia Cristiana, el cual recicló los antiguos simpatizantes del vetusto fascismo que surgió en la década de 1920 y que, después de su derrota en 1946, sobrevivió maltrecho, pero con una capacidad para imponer un poder policial, clerical y antiobrero.

En 1947 ingresó al Partido Comunista Italiano para continuar su lucha contra el fascismo; a pesar de ser expulsado de este por su condición de homosexual, nunca dejó de ser fiel a la ideología de izquierda, así fuera crítico con esta organización o con los abusos del régimen totalitario de la Unión Soviética, al que en muchas ocasiones denominó fascismo rojo. El ideario comunista, orientado en forma marxista, aunque no exento de crítica, le sirvió para continuar su lucha con el antifascismo, ahora con la emergencia de un monstruo más seductor y totalitario: la cultura de consumo.

En contraste con este “nuevo totalitarismo”, Pasolini alentaba o añoraba la utopía de un mundo premoderno que traía recuerdos de juegos infantiles, fútbol, vagabundeos con sus amigos en bicicleta por las zonas rurales de Bolonia. Para explicar esta transformación del declive de un mundo perdido (rural, popular, con su ingenuidad moral campesina o cristiana) traía una imagen de destrucción ecológica: la desaparición de las luciérnagas. Estas todavía proliferaban en la Italia de comienzos de los 1960, pero luego fueron desapareciendo poco a poco, incluso en las zonas rurales. Problemas ecológicos como la contaminación de los ríos o la urbanización hicieron que desaparecieran estos insectos que iluminaban tenuemente los campos en las noches. Esta imagen político-poética que aludía a un hecho real servía para explicar un antes y un después de la transformación de un mundo en términos tecnológicos, económicos, políticos, antropológicos e incluso humanos.

El fascismo de Mussolini había muerto, era arcaico, y el intento por revivirlo se encontraba con nuevos valores que ya no se soportaban en el clerifascismo de los tiempos del Duce. Para Pasolini, este nuevo poder seductor, basado en el hedonismo, era “el peor de las represiones de la historia humana”⁵.

Esta revolución “centralista” se soportaba en dos revoluciones burguesas: la infraestructura y la información. Con la primera, se anularon las distancias y las temporalidades a través de carreteras, medios de transporte,

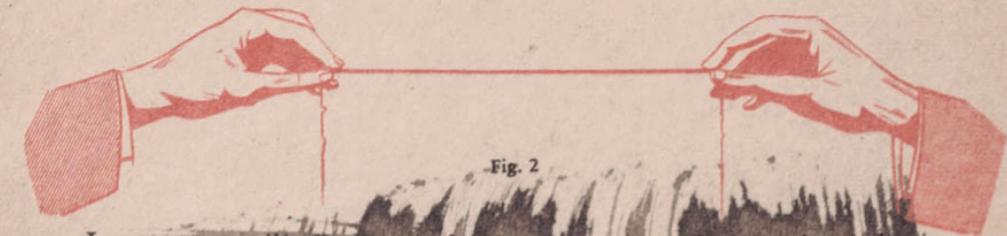
³ Nico Naldini, *Pier Paolo Pasolini* (Madrid: Circe, 1992).

⁴ *Ibid.*, 21.

⁵ Pasolini, *Escritos corsarios*, 32.

§ II. — Línea.

6. La línea más sencilla es la *recta*.
Un hilo bien tirante nos da idea de la línea recta (fig. 2).



La recta es *ilimitada*, es decir que se considera prolongada indefinidamente.

Fig. 3

7. Llámase *segmento de recta*, o más sencillamente *recta*, a la porción de recta indefinida comprendida entre dos puntos determinados.



Fig. 4

Para designar un segmento de recta se leen las letras de sus extremos; v. gr.: la recta AB (fig. 4).

La recta es la menor distancia entre dos puntos; por lo tanto la recta es menor que cualquier otra línea que tenga los mismos extremos. La recta AB, por ejemplo (fig. 5), es menor que la línea ACDEB.

8. Llámase *línea quebrada* o *poligonal* a la compuesta de varios



Fig. 5



Fig. 6

segmentos de rectas unidos de dos en dos por uno de sus extremos, sin que dos consecutivos tengan la misma dirección.

Por ejemplo, la línea ABCDE (fig. 6).

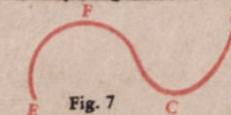


Fig. 7

9. *Línea curva* es aquella que ni es recta, ni está formada de rectas.

Por ejemplo, la línea EFGH (fig. 7).

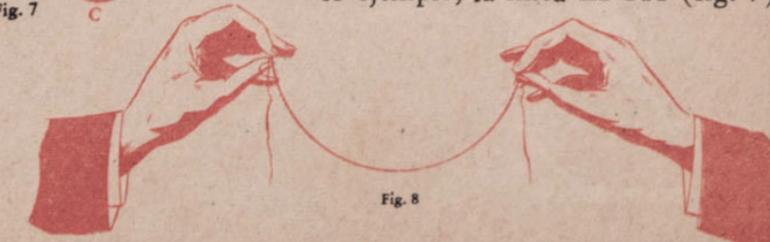


Fig. 8

Un hilo aflojado representa una línea curva (fig. 8).

etc.; con la segunda, la televisión, se había producido una homogenización de las diversidades culturales, destruyendo “la autenticidad y la concreción”. Esta última revolución mereció extensas reflexiones de este poeta italiano.

⁶ Pier Paolo Pasolini, *Demasiada libertad sexual os convertirá en terroristas* (Madrid: Errata Naturae, 2014), 63; subrayado en el original.

⁷ Pasolini, *Escritos corsarios*, 34.

⁸ *Ibid.*, 276.

⁹ *Ibid.*, 17.

Con esta tecnología de información, afirmaba, “depositaria de la *vulgaridad* y del odio a la realidad”⁶, se quería ocultar la indecencia de la sociedad pequeñoburguesa que rechazaba lo “sagrado” y que buscaba el servilismo absoluto. La televisión no era entonces solo un “medio técnico”, sino un “instrumento del poder y poder en sí misma”: era una fábrica de mensajes de este nuevo capitalismo que había producido una revolución política, pero, ante todo, una revolución antropológica, puesto que había modificado costumbres y visiones del mundo. El antiguo fascismo no había logrado “arañar siquiera el alma del pueblo italiano”; en cambio, este nuevo fascismo, “no sólo la ha arañado, sino que la ha lacerado, la ha violado, la ha afeado para siempre...”⁷. Para impedir esta destrucción masiva del alma humana, entendida bajo los viejos criterios del mundo previo a la desaparición de las luciérnagas, Pasolini proponía abolir la televisión.

Pero esta sociedad del consumo era algo más: una dictadura. Ya no se trataba de un fascismo de jóvenes uniformados de negro, como hacía el “fascismo arqueológico” de los tiempos de Mussolini, sino que este fascismo había transformado hondamente el alma de los jóvenes. Había trastocado su “ser”: sus sentimientos, sus modos de pensar, de vivir, su cultura. En palabras de Pasolini: “Ya no se trata, como en la época mussoliniana, de un alistamiento superficial, escenográfico, sino de un alistamiento real que les ha robado y cambiado el alma”⁸. Esta “civilización del consumo” había realizado a cabalidad el sueño del fascismo: un totalitarismo que no dejaba resquicio.

Por eso, Pasolini miraba con desconfianza al Mayo de 1968 y la revolución *hippie* de las melenas; no se trataba en verdad de una revolución: borraba el pasado, sin interrogar el nuevo fascismo consumista. Pasolini despreciaba a estos jóvenes que veía sin

una ideología clara, que emitían sonidos desarticulados (que Pasolini asociaba con la “afasia”). Ese “lenguaje de melenas” no estaba articulado con un lenguaje ideológico de reivindicaciones, sino que era pura semiótica de expresiones corporales, vestimenta y sonidos desarticulados que simulaban una revolución que no era tal, pues no interrogaba al nuevo fascismo del consumo. Con sus pintas sacaban a relucir “las viejas caras de curas, jueces, oficiales, anarquistas espurios, empleados bufones, picapleitos, sabihondos, mercenarios, intrigantes, carcas gamberros”⁹. No pudieron superar en verdad a sus mayores, pues les faltaba una “conciencia histórica de sí mismos”.

Estas diatribas contra los jóvenes, un poco anticuadas contra sus expresiones semióticas, mostraban, hay que decirlo, el espíritu conservador de Pasolini, quien consideraba que la única posibilidad de revolución la daba el marxismo. Pero también esta provocación contenía sutilezas críticas. Una de ellas es que el nuevo capitalismo estaba destruyendo la verdadera tradición humanista; no la de la academia, sino aquella que respetaba la dignidad humana, que promovía expresiones como la cultura literaria, espiritual, incluso religiosa. Además, esta nueva burguesía se oponía a la “vieja burguesía paleoindustrial” que defendía viejas instituciones como “familia, cultura, lengua, Iglesia”. Para Pasolini, “la nueva cultura de masas y la nueva relación entre producto y consumo que ha establecido la tecnología” estaba destruyendo ese viejo orden “humanista”, pues lo que importaba era el mercado, como una nueva religión secular que concebía al hombre, ante todo, y sobre todo, como un consumidor.

Este “hedonismo neolaico” solo podía valorar, principalmente, al “hombre joven” y a la “mujer joven” como personas que daban valor a sus vidas a través de los “Bienes de Consumo” (las mayúsculas son Pasolini). No lograr estos ideales de consumo generaba frustración y una angustia neurótica. Eso les sucedía a los hijos de los obreros que se avergonzaban de no parecerse a los hijos de los pequeñosburgueses: “Los muchachos subproletarios —humillados— borran su oficio en su carné de identidad

y los sustituyen por la calificación de ‘estudiante’¹⁰. A su vez, el chico pequeño burgués, para adaptarse al modelo gamberro televisivo, se volvía “tosco y desdichado”. Pasolini lo resumía así: “Si los subproletarios se han aburguesado, los burgueses se han subproletarizado”. Se trataba de un cataclismo antropológico que minaba cualquier posibilidad sincera de revolución económica, política y sexual.

Para Pasolini, la tolerancia sexual hacía parte de este nuevo fascismo. Por eso con asombro, para los espíritus contemporáneos, es extraño que un hombre de “izquierda” como este pensador italiano estuviera en contra del aborto: era la “legalización del homicidio”¹¹. En el caso del aborto, diría, todos los radicales están de acuerdo, pues se remiten a la realpolitik, basados en cierto “cinismo” de los “hechos probados y del sentido común”. Pasolini recurría nuevamente a la noción difusa de que la vida es “sagrada”. Pero principalmente pensaba que esta nueva cultura de consumo, al aceptar estos valores, dejaba sin interrogar a la pareja heterosexual.

Esta sociedad consumista había creado una falsa liberación sexual, que consistía “en una libertad sexual moderada que incluye el consumo de todos aquellos elementos superfluos considerados necesarios para una pareja moderna”¹². Esta liberación sexual por concesión se ha convertido en una obligación, en un imperativo del consumo y del hedonismo de este nuevo capitalismo, que deja atrás el mundo religioso y sagrado de los tiempos antes de la desaparición de las luciérnagas. Esta falsa liberación sexual ha generado una “ansiedad conformista por ser sexualmente libres [que] transforma a los jóvenes en míseros erotómanos neuróticos, eternamente insatisfechos (...) [en consecuencia, hombres y mujeres] infelices”¹³.

Para Pasolini, este “conformismo sexual” obligaba a los jóvenes a tener novia; mientras que, en el pasado, escribe, “tener novia era para un adolescente una aspiración justa, aunque reprimida y conservada en su fuero interno”, ahora era un imperativo. De allí la ansiedad neurótica de no tener

una novia entre los chicos: “el terror a estar sin novia crea la obligación del emparejamiento”. Esta obsesión por tener una pareja, “clausura” la posibilidad infinita de relaciones, negándose así la posibilidad misma de lo que se llama libertad sexual.

Esta liberación era, afirmaba, perjudicial principalmente para las chicas, pues producía “graves desequilibrios”, quienes descubrían, en el mejor de los casos, que es normal, pero también “como licencia ilimitada en el peor”. Este sentimiento de liberación se integra, no como parte de un ejercicio de emancipación sexual, sino como parte de la ansiedad consumista y esnobismo pequeño burgués propios de esta sociedad que produce “permisividad sexual”. Pasolini no niega que “hacer el amor es bello”, pero este “exceso de libertad”, carente de intereses “culturales”, lo que genera son nuevas formas de neurosis¹⁴.

El radicalista Pasolini, como lo había reprochado a los movimientos extremistas políticos y sexuales, tenía un “espíritu conservador”. Quizá quería que la sociedad volviera a los tiempos de las luciérnagas, su amada Italieta, dominada por la inocencia supuesta de los jóvenes campesinos más próximos al mundo filofascista y clerical, en el que todavía era posible sentir lo sagrado.

Muchas de las intuiciones de Pasolini sobre la emergencia del neocapitalismo, leídas hoy, a pesar de su pesimismo, son fructíferas analíticamente; otras, hay que decirlo, son análisis anticuados, propios de un hombre de principios de siglo XX que no aceptó las transformaciones culturales y políticas de una Italia de posguerra, poslaica, capitalista y consumista. Muchos de sus análisis, al igual que sus películas, deliberadamente antiestéticas y provocadoras, han envejecido un poco. No así sus novelas y su poesía, que conservan la fuerza estética y perturbadora de un autor que está entre los clásicos de la lengua italiana. ■

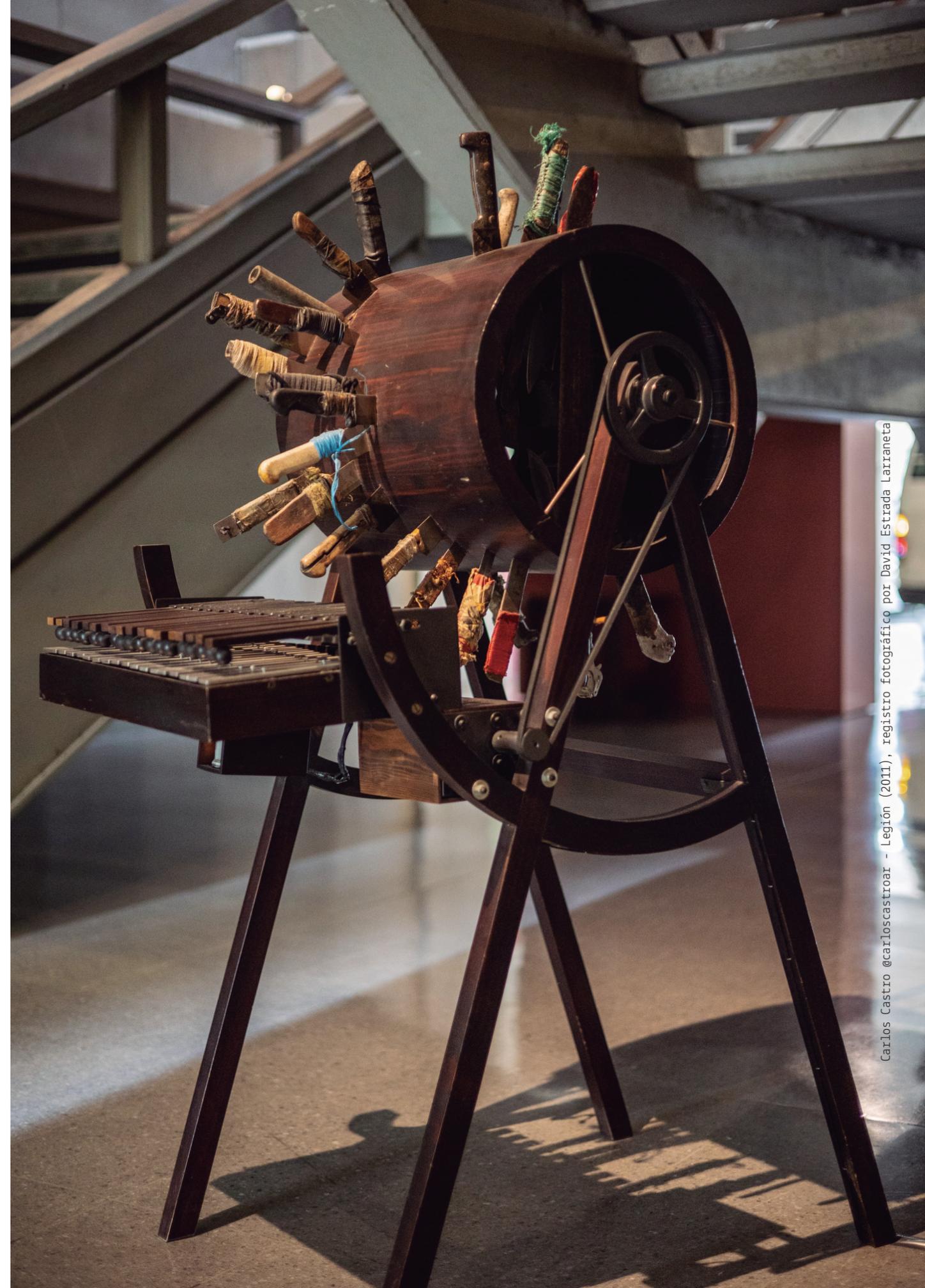
¹⁰ Ibid., 33.

¹¹ Ibid., 119.

¹² Pier Paolo Pasolini, *Demasiada libertad sexual...*, 93.

¹³ Ibid.

¹⁴ Ibid.



Carlos Castro @carloscastroar - Legión (2011), registro fotográfico por David Estrada Larraneta